News
News
Religious Life



La hermana Ranit Pallassery, en el centro, posa para una fotografía junto a sus dos compañeras, las hermanas Ancitta Urumbil, a la izquierda, y Alphy Pallasseril, a la derecha. (Foto: Binu Alex)



Binu Alex

View Author Profile



Traducido por Magda Bennásar

View Author Profile

Join the Conversation

Kuravilangad, Kerala, India — November 16, 2026

Share on BlueskyShare on FacebookShare on TwitterEmail to a friendPrint

Hace ocho años, seis monjas católicas hicieron campaña públicamente contra un obispo al que una de ellas acusaba de haberla violado. Hoy, tres de las hermanas, todavía vestidas con sus hábitos marrones, han puesto en marcha un negocio de confección para poder llevar comida a la mesa, después de que, según afirman, la jerarquía eclesiástica las abandonara.

"Colectivo de supervivientes de violencia de género" se ha convertido en el eslogan que define el negocio creado por las tres monjas en el sur de la India, donde las seis religiosas hicieron campaña en su día contra el obispo Franco Mulakkal, en uno de los casos de abusos sexuales por parte del clero más sonados del país.

Desde entonces, tres de las monjas han abandonado la congregación. Las tres que permanecen en el convento —Ranit Pallassery, la denunciante, y sus dos compañeras, Alphy Pallasseril y Ancitta Urumbil— han emprendido un nuevo camino desde St. Francis Mission Home, su convento en Kuravilangad, una localidad del distrito de Kottayam, en el estado meridional indio de Kerala.

Mulakkal fue absuelto de todos los cargos el 14 de enero de 2022. Ese día, el tribunal de distrito de Kottayam dictaminó que la acusación no había logrado demostrar que hubiera violado a Ranit en trece ocasiones entre 2014 y 2016.

Tras la sentencia y a petición del Vaticano, Mulakkal dimitió como obispo de la diócesis de Jalandhar, cargo que ocupaba desde agosto de 2013.

"Nuestra única culpa fue contarle la verdad al mundo": Hna. Ranit Pallassery, que acusó de violación a un obispo absuelto en 2022, sostiene con otras dos monjas un negocio de costura en la India. #GSRenEspañol #HermanasCatólicas

Tweet this

Aislamiento y abandono

"Hemos pasado página", declaró a *Global Sisters Report* Ranit, antigua superiora general de las Misioneras de Jesús, una congregación dependiente de la diócesis de Jalandhar.

"Nuestra preocupación es saber si mañana tendremos comida en la mesa", afirmó, apartando los recuerdos dolorosos.

Según explicó, la jerarquía de la Iglesia, incluido el Vaticano, permaneció en silencio mientras ella buscaba justicia. Tanto la diócesis como la congregación dejaron de proporcionarles apoyo económico. Ahora, Ranit también tiene la responsabilidad de mantener a sus dos compañeras, una de las cuales, Alphy, es su hermana biológica menor.

"No tenemos tiempo para pensar en otra cosa que no sea sobrevivir", afirmó. Ante el abandono, el aislamiento y la incertidumbre, decidieron empezar a recuperarse, explicó.

"Nuestra primera prioridad era mantenernos ocupadas para poder liberarnos del estrés psicológico que sufríamos por todas partes. Así que empezamos a cultivar un huerto", contó Ranit.

Al quedarse sin ingresos, las hermanas probaron suerte con la cría comercial de aves de corral y el cultivo de hortalizas, pero ninguna de las dos actividades resultó viable a largo plazo.

"Estábamos hundidas económicamente, pero nos dimos cuenta de que contábamos con un enorme apoyo fuera de este convento", afirmó Alphy y agregó: "Antes ni siquiera nos habíamos dado cuenta".

Ese apoyo llegó de personas solidarias y de una red de mujeres. Todo empezó cuando una familia les regaló una máquina de coser.



An aerial view of St. Francis Mission Home in Kuravilangad, a village in Kottayam district in the southern Indian state of Kerala, where the nuns live under constant fear of eviction (Binu Alex)

Cosiendo un futuro nuevo

Ranit había aprendido a bordar por insistencia de su padre, después de terminar la educación secundaria. Trabajaba con una máquina de coser en la casa de la misión, pero se la quitaron.

La máquina que les donaron recientemente se convirtió en el punto de partida de Stand By Me (Cuenta conmigo), una nueva marca.

El proyecto comenzó con pañuelos bordados y saris de algodón, pero ha crecido hasta convertirse en un pequeño negocio de confección que las monjas gestionan con cinco máquinas de coser y dos empleados.

"Todavía hoy me cuesta pronunciar la palabra 'emprendimiento'. A lo que estamos acostumbradas es a hablar de nuestra provincia, nuestro obispo, nuestra diócesis y

nuestro papa", afirmó Alphy.

Su catálogo incluye bolsas de tela estampadas mediante serigrafía, camisones confeccionados por encargo, artículos textiles para el hogar y fundas para saris. Venden principalmente a través de las redes sociales y los clientes pagan por medios digitales.

"No tenemos dinero para comprar las materias primas. Pero las personas que nos apoyan transfieren directamente el dinero a nuestro proveedor", explicó Ranit.

Advertisement

Según contó, un grupo de estudiantes de teología y otras religiosas, que se hacen llamar Sisters in Solidarity (Hermanas en solidaridad), creó un grupo de WhatsApp para proporcionarles apoyo emocional y práctico. Otro grupo, denominado Save Our Sisters (Salven a nuestras hermanas), les brindó apoyo moral y económico.

Estos grupos las ayudaron a poner en marcha el negocio mediante el apoyo presencial y en línea. También les facilitaron los desplazamientos fuera del convento sin necesidad de contar con el permiso de sus superiores, un paso significativo para mujeres que han profesado voto de obediencia.

Las monjas organizaron exposiciones con éxito en grandes ciudades. El 5 de septiembre presentaron sus trabajos ante un público más amplio, ajeno al ámbito religioso, en el encuentro Women Entrepreneurs Network Carnival, celebrado en Kozhikode, una ciudad del norte de Kerala.

"Expondremos nuestros productos allí donde nos inviten. No vamos a presentarnos en ningún sitio sin que nos hayan invitado", afirmó Alphy cuando le preguntaron si tenían previsto ampliar el negocio.

"No tenemos el capital, la capacidad operativa ni el personal necesarios para crecer", añadió.

La mayor parte de sus ventas se realiza por internet y en puestos de exposición. Los pocos visitantes que acuden a su casa también compran sus productos para ayudarlas.

"No tenemos unas ventas ni unos ingresos mensuales fijos de los que podamos hablar. De hecho, no se nos da bien gestionar los ingresos y los gastos", reconoció Ranit y explicó: "Lo único que sabemos es que el precio del producto terminado debe ser asequible, pero no puede ser inferior a lo que hemos gastado en las materias primas".

Sus productos cuestan más que otros artículos similares fabricados en serie. "Es porque nuestros productos están hechos a mano y la gente los compra para apoyarnos en estos momentos difíciles", dijo.



The St. Francis Mission Home in Kuravilangad, a village in Kottayam district in the southern Indian state of Kerala (Binu Alex)

La desesperación las lleva a dar pasos audaces

El 10 de enero de 2026, Ranit mostró públicamente su rostro y reveló su identidad en una entrevista con los medios de comunicación, pese a que la legislación india

obliga a los medios a proteger la identidad de las víctimas de violación para evitar que sufran el rechazo social.

Según explicó, tomó esa decisión para que el mundo supiera que siguen siendo monjas, aunque la jerarquía eclesiástica las haya abandonado, y que viven aisladas de la sociedad y de la comunidad católica local.

Incluso hoy, un agente de policía las vigila desde detrás de las contraventanas de madera de la casa, supuestamente para protegerlas.

Son pocos los visitantes que recorren el estrecho camino pavimentado que conecta la vivienda con la carretera principal. El camino está cubierto por una fina capa de tierra y escombros, quizá porque apenas se utiliza.

Ranit no había solicitado protección policial. Sin embargo, después de que un grupo de partidarios de Mulakkal se enfrentara a las monjas durante una investigación policial, el jefe de la policía local dispuso que contaran con protección permanente, las veinticuatro horas del día, en el marco del Programa de Protección de Testigos y Víctimas de la policía. Esta protección sigue vigente.

"Antes recibíamos insultos por teléfono todos los días. Ahora han disminuido. Nuestra única culpa fue contarle la verdad al mundo. Queríamos animar a todas las mujeres a hablar si habían sufrido un trauma", afirmó Ranit.

De las seis monjas que inicialmente se mantuvieron unidas, tres —Anupama Kelamangalathuveliyil, Josephine Villoonnickal y Neena Rose Edathil— acabaron abandonando el convento para reconstruir sus vidas en privado.

Finalmente, la diócesis y la congregación de las Misioneras de Jesús rompieron sus vínculos con las tres hermanas que permanecían allí. En 2023, la diócesis eliminó sus nombres del registro de la diócesis de Jalandhar y suspendió la ayuda económica, las raciones de alimentos y la asistencia médica que les proporcionaba.

Las monjas también viven con el temor constante de ser desalojadas, ya que la casa en la que residen pertenece a la diócesis de Jalandhar. La diócesis sigue pagando el impuesto sobre la propiedad y algunos gastos básicos exigidos por las autoridades.

"No tenemos ni idea de qué vamos a comer mañana. Y usted me pregunta qué haremos si perdemos esta casa. Es una posibilidad que todavía vemos muy lejana", respondió Alphy.

Ahora, cada trozo de tela teñida y cada puntada que dan las monjas se han convertido en un acto de resistencia, según afirman. Pero esos actos también las han unido más estrechamente y les han permitido construir una red de apoyo que la institución a la que sirvieron durante décadas no supo proporcionarles.

Nota: *Este artículo fue publicado originalmente en inglés el 15 de octubre de 2026.*